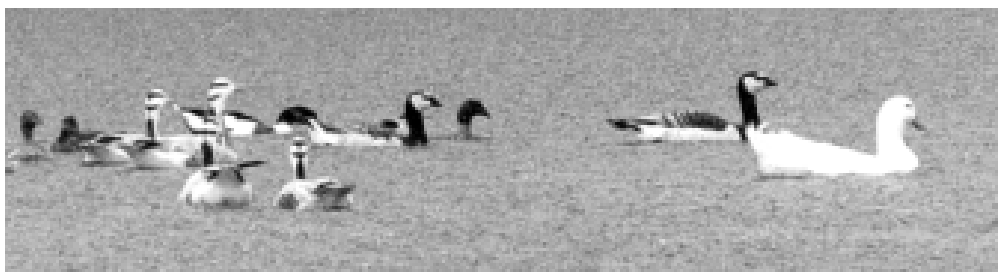


CARL NIELSEN: POESÍA EN EL CIELO Y LA TIERRA LA CUADRILLA DE GANSOS EN BRAMSTRUP

ROBERTO PONCE



(El músico Carl Nielsen (1865-1931) ha sido reconocido universalmente como el más grande compositor de Dinamarca en el siglo XX. Las obras mejor conocidas son sus seis sinfonías, la Obertura Helios, sus trabajos corales Hymnus amoris y El sueño, la cantata Universidad, las óperas Saúl y David y Masquerade, así como la música para la puesta en escena romántica Aladino de Oehlenschläger, y La madre, de Helge Rode. Sus múltiples composiciones de canciones danesas poseen todavía gran popularidad en su país. Escribió dos libros de importancia literaria, Levende Musik (Música viviente) en 1925, y Min fynske Barndom (Mi infancia en Fionia), de 1927, que fue llevado al cine en 1994 por el director Erik Clausen con el título: Carl: La sinfonía de mi infancia. Un epistolario suyo se publicó en 1954. El texto que aquí presentamos, es traducción del periodista mexicano

Roberto Ponce, coordinador de la sección de espectáculos del semanario Proceso y crítico musical, quien vivió y estudió en la Universidad de Aarhus, Dinamarca, entre 1980 y 1982. Se trata de un extracto de las citadas memorias del compositor Mi infancia en Fionia, del libro Contemporary Danish Prose, Gyldendal, Copenhagen, 1958, traducido por W. Glyn Jones como The Goose-Herd from Bamstrup. En 1998, se editó un CD-Rom sobre el músico: Carl Nielsen: The Man and Music que puede adquirirse en el sitio ewh@wilhelm-hansen.dk. El hogar donde Carl Nielsen pasó su niñez en la isla de Fionia, Nørre Lyndelse, fue convertido en un pequeño museo desde 1956 y hacia 1988, un museo más grande abrió en Odense, colindando con la casa donde nació el cuentista infantil Hans Christian Andersen, mostrando objetos de ambos artistas daneses. Nota del traductor.)

Debo haber tenido ocho o nueve años de edad. Cada mañana iba al solar a muy temprana hora para llevar una gran multitud de gansos hasta unos estanques lejanos. Cuando nos acercábamos, todos los gansos volaban o chapoteaban encima del agua; correteaban, se lanzaban clavados y agitaban sus alas, llenando el aire con fuertes cacareos de satisfacción. Yo jamás había visto tal cantidad de gansos en mi vida, así que ya uno puede imaginar cuán sorprendido y enfadado me hallé el primer día cuando, aunque me habían señalado que mantuviera unidos a los gansos, me di cuenta de que tal cosa resultaba absolutamente imposible, ya que los estanques eran viejas fosas para musgo separadas por juncos y carrizos.

No podía apoyar mi bastón en el agua y brincar para perseguirlos, pues me habría hundido hasta el fondo. Para mi enorme consuelo, muy pronto se calmaron y poco a poco se juntaron en la laguna más grande.

Como esta situación se repetía todos los días, no tardé mucho en ver la escena con aburrimiento; pero surgieron otros problemas. El lugar era aterradoramente solitario, extremadamente deprimente, y en mi aflicción anhelaba la hora de que llegara la noche para



Casa donde transcurrió su infancia
in Sortelung, cerca de Nørre Lyndelse en Fionia,
Dinamarca

regresar a casa. Me es imposible describir cuán tedioso me resultaba aquello, consistiendo mi única distracción verdadera el comer dos veces al día mis sandwiches y vigilar mi reloj de arena hecho en casa, para ver cuánto faltaba para que la tarde cayera. Fue así que un día mi madre me dio una bolsita para colgármela alrededor del cuello y me dijo que podía entretenerme juntando plumas de ganso para que ella las utilizara relleno de almohadas y edredones. Me pareció que sería algo muy divertido. Cuando los gansos se posaran en tierra firme o se tendieran en la hierba, podría levantarme y contemplar si pavoneaban sus alas para yo guardar algo en mi bolsa.

Sin embargo, una vez me ocurrió un accidente y mi excesivo entusiasmo recibió muy duro castigo. Fue un día en que el viento fresco soplabla. De pronto, miré que cuatro o cinco plumas de ganso flotaban en el agua como pequeñas barcas y navegaban directamente hacia una cuneta de musgo en el pantano. Examiné todas las orillas de los estanques y descubrí que sus lados enfrentando al viento se hallaban alineados de plumas. Por extraño que parezca, no estaban mojadas; la mayoría se encontraban dobladas tomando la forma de un barco. Me coloqué rápidamente la bolsa en mi cuello y casi la llené. Finalmente, vi un pequeño racimo de hermosas plumas blancas flotando en el agua, pero estaban tan lejos que sólo con un esfuerzo máximo podría alcanzarlas; de todas maneras, tenía la esperanza de que el viento me ayudara y, en cierto modo, así sucedió. De cuando



Carl Nielsen (1965-1931)

en cuando, alguna pluma navegaba frente a mí tan velozmente, que debía atraparla con prontitud. Este juego siguió así unos momentos, pero ocurrió entonces que me caí al agua, con todo y la bolsa, y debido a que la cuneta poseía partes muy empinadas y no sabía nadar, tal situación se me presentó como bastante peligrosa. Tuve mucho miedo de ahogarme. Entonces, logré asirme de unas cortezas y pude pararme sobre una estrecha faja de tierra entre dos fosos; por algún rato sostuve así mi posición y cautelosamente me acerqué hacia un lugar con bastante pasto que crecía sobre el agua; de ahí pude avanzar con el agua hasta el cuello hasta la otra parte de la orilla. Entonces me quité la ropa mojada, pero lo que más me preocupaba eran mis plumas, las cuales también estaban empapadas. De todos modos, las extendí para secarlas en un lugar soleado que se encontraba bastante bien protegido contra el viento; pero no había previsto que obviamente iban a aligerar su peso al secarse, así que cuando volví una hora después para verlas, todas habían volado. Fue un día muy triste; sin embargo, sería uno de tantos así.

Cuando las mieses se transportaban de los campos de trigo a los graneros, me indicaron que sacara los gansos hasta el rastrojo, para que pudieran tomar las espigas caídas del trigo. Se trataba de un trabajo pesado por tener que caminar el día entero entre aquellos sembradíos desiertos y otra vez comencé a extrañar los estanques. Al menos allí podía hallar un pedazo de sauce y tallarme una flauta; podría ver algo arrastrándose en el fondo del pantano o escucharía el chapoteo de una rana bailando. Caray, incluso hubo alguna vez una cigüeña que llegó y se posó cerca donde me encontraba acostado, por lo que retuve la respiración hasta que casi exploté para no molestarla. O podía tener la suficiente fortuna como para atrapar un par de peces con espinas e imaginar que eran mis vacas a las que tenía que cuidar en el ganado. Durante mis últimos días en los estanques, incluso di con una pequeña mosca con rayas que, ante el pleno sol ardiente, revoloteó justo frente

a mi cara, vibrando como un resorte de metal; entonces, como un relámpago de luz se lanzó hacia un lado, para otra vez revolotearme. Algo buscaba de mí; tenía colores muy vistosos, pero nunca hubiera podido agarrarla, si bien era lo que más deseaba. Era algo que nunca vería en la campiña, pues mientras caminaba por el rígido y aburrido rastrojo, recordaba los estanques como un mundo entero de gran interés: un mundo que ahora extrañaba.



Instrumentistas de lur
Plaza del Ayuntamiento de Copenhague, Dinamarca

Por aquí y por allá, cerca de la entrada a los campos de rastrojo, un montón de fardos yacían tirados, así que los junté para poder por fin descansar y sentirme a gusto. Un día, cuando reposaba mi espalda observando las nubes, escuché un chillido en el cielo. Era una parvada de gansos salvajes o de cisnes que volaban sobre nosotros hacia el occidente. De inmediato mis gansos comenzaron a chirriar como si se hubieran



Paisaje danés (1841)
Johan Thomas Lundbye (1818-1848)

vuelto locos; alargaron sus cuellos y alzaron el vuelo. Me paré de un salto y corrí detrás de ellos, pero sobrevolaron por un seto y después, desaparecieron de mi vista. Corrí hasta el gran cercado tan presto como mis piernas pudieron llevarme, pero fracasé en mi intento por cruzarlo. Rompí en llanto y cuando ya estaba por ir corriendo a Bramstrup en pos de ayuda, mis ojos descubrieron en el seto unos pasajes y una puerta al extremo opuesto del campo. Llegué tan pronto como pude, pero estaba cerrada. Así que la salté y a poca distancia, finalmente hallé a los gansos. Todavía estaban muy inquietos, cacareando y chillando, por lo que no logré juntarlos de vuelta. Por fin, tras un rato, me los ingenié para conducirlos hasta el portón, pero ahí fue donde comenzó la verdadera dificultad.

Yo había pensado que ellos pasarían por los pasajes de la entrada de mutuo acuerdo, pero por bastante tiempo mis deseos no se hicieron realidad. Finalmente, una pareja de gansos más jóvenes consiguieron atravesar; otros pocos los siguieron, pero sucedía una y otra vez que alguno quedaba atrapado; y cuando los quería liberar, chillaban como poseídos provocando que el resto se dispersara, por lo que había que comenzar de nuevo. Al final logré tener a la mayoría del otro lado de la entrada, pero no me cabía la menor

duda de que no conseguiría persuadir a las ocas y a los gansos más viejos para arrastrarse por debajo de la apertura. De nuevo me puse a llorar y anhelaba al menos tenerlos a todos en un solo lugar, sin importar dónde. Así fue que descubrí que podía abrir una entrada en el seto si quitaba unas ramas espinosas fuera del portal. Por fin convencí a las ocas y algunos de los gansos mayores para que entraran, pero debí obligar a uno y resultó que me devolvió el intento arrojándome lodo con sus patas, haciéndome lucir de manera asquerosa.

...Pero amigos, deben creerme: aquellos problemas y aquellas lágrimas, poseen hoy para mí algo de la poesía que existe en el Cielo y en la Tierra. ☘

ROBERTO PONCE PADILLA

Periodista, traductor, crítico musical, cantautor y musicalizador. Inició su carrera en el periodismo como articulista del periódico *Excelsior* y de los órganos de la UNAM: *Los universitarios* y *Gaceta UNAM*. Su vasto conocimiento de diversos idiomas le ha permitido ser traductor de inglés, francés y danés. Profesor de música en el Museo Universitario del Chopo. Desde los años setenta se ha dedicado a musicalizar la obra poética de Carlos Pellicer, la cual ha presentado principalmente para el INBA, el CNCA y otras instituciones educativas nacionales. Como cantautor es pilar del movimiento literario-musical llamado *La canción rupestre*. Ha participado en diversos foros artísticos internacionales. En el ámbito radiofónico ha sido programador y locutor además de musicalizador. Desde 1998 es coordinador de la sección de espectáculos del semanario *Proceso*.



Sørup Vang (1841)
Obra del paisajista danés Johan Thomas Lundbye (1818-1848)